

En la decena de relatos que forman este auténtico fresco de la Rusia actual, Ósipov combina belleza y epifanía, tragedia y esperanza para reflejar toda la paleta de emociones humanas

Relatos sobre la existencia en la estela del mejor Chéjov

por **MARTA REBÓN**

De entre todas las profesiones con las que se puede compaginar la de escritor, la de médico, en cualquiera de sus especialidades, goza de un prestigio particular. Alguien que se enfrenta a lo más íntimo de la vida sin máscaras, que acompaña a un paciente al irse para siempre o a recuperarse de una convalecencia goza de un mirador desde donde se ve toda la condición humana, como explicó William Carlos Williams en *Los relatos de médicos* (Fulgencio Pimentel, 2015). Para crear personajes de carne y hueso, hay que insuflarles vida, componer su historial, explorar sus heridas. Cuando se escribe con profundidad, se dice que se empuña, en lugar de pluma, un bisturí, o que se tiene un ojo clínico. Escribir un relato y diagnosticar a un paciente requieren un esfuerzo de imaginación y empatía. Pensemos en Lobo Antunes, Mijaíl Bulgákov, Céline, Nawal El Saadawi, Stanislaw Lem o Pío Baroja. Y en la cumbre de todos ellos: Chéjov. Incluyan ahora en la lista a Maxim Ósipov (Moscú, 1963), si no lo hicieron ya en su día con *El grito del ave doméstica* (Club Editor, 2015).

Se habla y se escribe mucho últimamente de Rusia, pero tal vez el árbol Putin no nos esté dejando ver el bosque, y así los rusos de a pie –como en tiem-

pos zaristas o en la Guerra Fría– continúan siendo entes abstractos y misteriosos. Para remediarlo, tenemos a Ósipov, cardiólogo en un hospital de Tarusa, a un centenar de kilómetros de la capital: la distancia mínima a la que podían acercarse, en un pasado no tan remoto, ex convictos del Gulag y otros «indeseables».

Allí empieza eso que moscovitas y petersburgueses llaman *glush* o *glubinka* (lugares perdidos, remotos, desiertos), y para el autor es un punto de observación privilegiado tanto del leviatán estatal como de los destinos de la gente anónima. Los diez relatos reunidos en *Piedra, papel, tijeras* –firmados entre 2009 y 2017 y con una complejidad estructural más próxima a la novela–, son una radiografía contemporánea del mayor país del mundo. Y suscitan la actitud con la que uno espera unos resultados médicos en una consulta; esto es, la crudeza que arrojan los síntomas, pero también un hilo de esperanza. Mal asunto sería recurrir a un médico pesimista. Ósipov se encuentra en un punto intermedio entre la exposición de la verdad sin paliativos de Gustave Flaubert y el arte como consuelo de George Sand.

La honestidad literaria de Ósipov pasa por escribir de lo que conoce. En sus relatos hay música, enfermedades, artes



**MAXIM ÓSIPOV
PIEDRA,
PAPEL, TIJERA**
Traducción de
Ricardo San
Vicente. Libros
del Asteroide.
328 páginas.
23,95 euros

**UNA QUIRÚRGICA
MIRADA A LO
HUMANO**
Cardiólogo en
un humilde
hospital del
sur de Moscú
además de
escritor,
Osipov ha
publicado
cuentos,
novelas,
ensayos y
obras de teatro,
y ha ganado
varios premios
literarios
locales, además
de ser finalista
del Yásnaia
Poliana. Gran
amante y
defensor del
cuento, sobre
el que afirma
que «el estilo y
la forma
superan con
creces en
importancia al
contenido»,
este es su
segundo libro
publicado en
castellano.

escénicas, el absurdo, violencia, burocracia, nostalgia, racismo, mezquindad humana alternada con bondad ciega, y el arte y su razón de ser. Parecería que no hay cabida para el análisis político, pero sí lo hay, y mucho, tanto si trata el Alzheimer de una anciana (*Buena gente*) como las relaciones de poder entre clases sociales (*Un hombre del Renacimiento*) o los trapicheos provinciales (en el cuento que da título al conjunto, *Piedra, papel, tijera*, ese juego infantil en el que nadie sale ganador a la larga).

Parte del interés del autor es que pertenece a una generación a caballo entre dos mundos –el soviético y analógico contra el neoliberal y digital– y es capaz de ser crítico con ambos. Aunque, como escritor (según Chéjov), su tarea no sea resolver problemas –eso se reserva, claro está, para la práctica médica–, sino plantear estos de manera correcta.

Los relatos de Ósipov no son un festival de alegría, es cierto, y en eso recuerdan a la filmografía de su coetáneo Andréi Zviáguintsev. Suerte, menos mal, del humor que los atraviesa –heredero de Gógol y Dovlátov–, del diálogo perspicaz con la tradición literaria –Dostoievski, Lérmontov, Platónov, Pushkin– y de ciertos toques poéticos. Como, por ejemplo, el significado de unos guijarros de playa en *Cape Cod*, que cose un arco temporal intergeneracional con la guerra y la emigración de fondo.

Tanto en el microcosmos eminentemente ruso (*Cual ola de mar*, *El Complejo*, *Fantasia*) como en las veces en las que hace cruzar fronteras a sus personajes (*El amigo polaco*, *En el Spree*, *Sventa*), Ósipov nos regala retratos de compatriotas de ficción tan reales y universales, tan atrapados en sus circunstancias y fragilidades, que llegamos a sentir sus destinos como propios. Por algo así Dovlátov afirmaba que el mayor disgusto de su vida había sido la muerte de Anna Karénina. **L**